
HISTORIA INTELECTUAL Y *LONGUE DURÉE*. “GUERRA CIVIL” EN PERSPECTIVA HISTÓRICA*

DAVID ARMITAGE

Department of History, Harvard University
armitage@fas.harvard.edu

Resumen: Después de varias décadas de abandono, historiadores de todo tipo vuelven a ofrecer estudios de gran amplitud temporal. Hay signos de que los historiadores intelectuales están regresando incluso a la *longue durée*. ¿Cuáles son las razones de este *revival* de la historia de las ideas desde la larga duración? Este artículo propone un modelo de *historia transtemporal*, que procede por medio de un *contextualismo seriado* con el fin de crear una *historia en ideas* que puede abarcar siglos, incluso milenios: se ofrecen ejemplos clave procedentes de un trabajo en curso sobre las ideas acerca de la guerra civil desde la antigua Roma hasta el presente. El artículo concluye con unas breves reflexiones sobre el potencial impacto de las humanidades digitales en la práctica de la historia intelectual.

Palabras clave: Escuela de Cambridge; guerra civil; historia conceptual; humanidades digitales; *longue durée*

Abstract: *Historians of all kinds are beginning to return to temporally expansive studies after decades of aversion and neglect. There are even signs that intellectual historians are returning to the longue durée. What are the reasons for this revival of long-range intellectual history? And how might it be rendered methodologically robust as well as historically compelling? This article proposes a model of transtemporal history, proceeding via serial contextualism to create a history in ideas spanning centuries, even millennia: key examples come from work in progress on ideas of civil war from ancient Rome to the present. The article concludes with brief reflections on the potential impact of the digital humanities on the practice of intellectual history.*

Keywords: Cambridge School; civil war; conceptual history; digital humanities; *longue durée*

En muchos terrenos de la actividad historiográfica, lo grande está de vuelta. En algunas áreas —como la arqueología histórica, la sociología histórica o la teoría del sistema mundial— nunca llegó a irse del todo. En otras claramente ha

* Este artículo es una versión revisada de la Annual Nicolai Rubinstein Lecture en Historia del Pensamiento Político e Historia Intelectual dada en Queen Mary, Universidad de Londres, el 29 de marzo de 2012. Gracias especiales por sus comentarios y apoyo van dirigidas a Richard Bourke, Jo Guldi, Jim Kloppenberg, Darrin McMahon, Sophie Rosenfeld y Quentin Skinner. Traducción del inglés de Pablo Sánchez León.

desaparecido para ya no regresar más: las historias universales de ambición global asociadas a figuras como Oswald Spengler y Arnold Toynbee no parece que vayan a volver a ser emuladas de nuevo, al menos en forma de proyectos unipersonales en varios tomos motivados por una visión omnicomprensiva de la civilización¹.

En todo el gremio de los historiadores, el instrumento de análisis preferido es cada vez más el telescopio en lugar del microscopio; más aun, la vista panorámica y no el primer plano se está convirtiendo en la imagen predominante sobre el pasado. El foco sobre lo cercano no ha sido abandonado, según muestran sobradamente tanto la prolongada popularidad de la biografía como la utilidad de la microhistoria. Esto sin embargo se está viendo suplementado por panoramas amplios tanto en relación con el espacio como con el tiempo desarrollados bajo diversas etiquetas: “historia global” [*world history*], “historia profunda” [*deep history*] e “historia en grande” [*big history*]. El retorno de la *longue durée* plantea desafíos y oportunidades a todos los historiadores²: en este texto me planteo analizar sus implicaciones para los historiadores de las ideas.

En su expresión más ambiciosa, la historia en grande —según la llaman sus practicantes, que acaban de fundar una International Big History Association— se extiende en el tiempo hasta el mismo Big Bang³. Se trata de una historia universal cuyo campo abarca el universo entero y se nutre de los hallazgos de la cosmología, la astronomía y la biología evolutiva así como de disciplinas más convencionalmente históricas como la arqueología y la sociología histórica. Frente a ella, la historia “profunda” es más bien de miras cortas en el sentido de que sólo ahonda en el pasado *humano*. Se autodefine como “profunda” porque transgrede las fronteras entre “pre-historia” e historia en el sentido convencional de historia basada en registros documentales, es decir, del pasado como recuperable a través de diversos textos

¹ CHRISTIAN, David: “The Return of Universal History”, *History and Theory*, 49 (2010), pp. 6-29.

² Reflexiones más extensas sobre las implicaciones de esta tendencia se encuentran en OLABARRI, Ignacio: “‘New’ New History: A *Longue Durée* Structure”, *History and Theory*, 34 (1995), pp. 1-29; WEINSTEIN, Barbara: “History Without a Cause? Grand Narratives, World History, and the Postcolonial Dilemma”, *International Review of Social History*, 50 (2005), pp. 71-93; ARMITAGE, David y GULDI, Jo: “The Return of the *Longue Durée*” (en prensa).

³ CHRISTIAN, David: *Maps of Time: An Introduction to Big History*, Berkeley, University of California Press, 2010.

dotados de significado elaborados por agentes que los legaron al futuro⁴. Dicha historia profunda se apoya en la genética, la neurofisiología y la biología evolucionista entre otros campos. Al igual que la aún más amplia historia en grande, considera la historia consciente de los humanos como relativamente breve y en continuidad con desarrollos que precedieron bastante a la capacidad de aquellos de historizarse a sí mismos. Por el contrario, los relativamente poco ambiciosos historiadores “globales” [*“world” historians*] se han circunscrito en general a un lapso aún más estrecho de tiempo, de miles en lugar de decenas de miles o incluso cientos de miles de años, y al Antropoceno dentro del cual los humanos han dado forma a su entorno y han sido a su vez moldeados por éste⁵.

La historia en grande ha sido en cualquiera de sus manifestaciones insensible a las cuestiones de significado e intencionalidad, tan centrales a la historia intelectual. Esto no es sólo debido al hecho banal de que los historiadores en grande normalmente abordan una parte mínima de la historia documentada, y al final de sus grandes panoramas: como ya reconocía modestamente Mark Twain, “si la torre Eiffel representase la historia de la Tierra, la parte correspondiente a la era humana ocuparía a lo sumo la capa de pintura de su pináculo”⁶. Tampoco se debe a que la agencia humana se empequeñezca en relevancia frente al tiempo cosmológico o incluso arqueológico; se debe también, al menos por el momento, al materialismo consustancial a las dos grandes corrientes de la historia a lo grande, que podemos denominar tendencia biologista y economicista respectivamente.

La tendencia biologista, bien encarnada en la obra *On Deep History and the Brain* (2008), de mi colega de Harvard Daniel Lord Smail, es reduccionista desde el punto de vista neurofisiológico: desde el momento en que todas las acciones humanas, incluido el pensamiento y la cultura, son explicadas desde la química del cerebro, las

⁴ SMAIL, Daniel Lord: *On Deep History and the Brain*, Berkeley, University of California Press, 2010; SHRYOK, Andrew and SMAIL, Daniel Lord (eds.): *Deep History: The Architecture of Past and Present*, Berkeley, University of California Press, 2011.

⁵ MANNING, Patrick: *Navigating World History: A Guide for Researchers and Teachers*, Nueva York, Palgrave MacMillan, 2003; MANNING, Patrick (ed.): *World History: Global and Local Interactions*, Princeton (NJ), M. Wiener, 2006; CHAKRABARTY, Dipesh: “Postcolonial Studies and the Challenge of Climate Change”, *New Literary History*, 43 (2012), pp. 1-18.

⁶ TWAIN, Mark: “The Damned Human Race” (1903), citado por CHRISTIAN, *Maps of Time*, p. 5.

reflexiones se asemejan a reflejos⁷. En la tendencia economicista, ejemplificada de modo igualmente sugerente por *Why the West Rules – For Now* (2010), del historiador de la Antigüedad Ian Morris de la Universidad de Stanford, el intelecto es equiparado a los intereses. En el estimulante relato de Morris sobre la “fisonomía” de la historia de la humanidad a lo largo de más de un milenio, cada época sencillamente “se dota del pensamiento que necesita”. Por ejemplo el budismo, el cristianismo y el Islam en la Era Axial, son finalmente lo mismo: simplemente el producto de la capacidad de resolución de problemas de esos chimpancés bastante inteligentes pero necesitados que son los humanos⁸. En este sentido, al menos cuando aborda las cuestiones más relevantes para los historiadores del pensamiento, la historia profunda parece más bien superficial.

Los historiadores que primero abordaron la *longue durée*, los de la escuela francesa de los *Annales*, no eran mucho más favorables a la historia intelectual. Está el conocido y aislado contraejemplo de Lucien Febvre, cuyo *Le problème de l’incroyance au XVIe siècle* [El problema de la incredulidad en el siglo XVI] trataba sobre lo impensable en lugar de lo que había sido pensado, pero incluso Febvre era bastante crítico con la historia de la filosofía producida por Ernest Cassirer, Raymond Klibansky y otros: una historia de “conceptos producidos, hay que imaginar, por intelectos desencarnados viviendo una vida totalmente irreal, en el mundo de las ideas puras”⁹. En su ensayo clásico sobre la *longue durée*, Fernand Braudel mostró su admiración por historiadores de la cultura y la literatura como Ernest Robert Curtius y el propio Febvre, pero consideraba sus *chefs-d’oeuvre* en la práctica como mitografías, estudios sobre continuidades inmóviles e incluso inamovibles en las que “los marcos mentales, también, son prisioneros de la larga duración”¹⁰. La historia

⁷ SMAIL, Daniel Lord: *On Deep History and the Brain*; un ejemplo de historia intelectual de este tipo es HUNT, Lynn: *Inventing Human Rights: A History*, Nueva York, W.W. Norton, 2006, pp. 32-34 y *passim*.

⁸ MORRIS, Ian: *Why the West Rules – For Now: The Patterns of History, and What they Reveal about the Future*, Londres, Profile Books, 2010, pp. 420, 476, 568, 621.

⁹ FEBVRE, Lucien: *Le problème de l’incroyance au XVIe siècle, la religion de Rabelais*, París, A. Michel, 1942 [versión española: *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais*, Madrid, Akal, 1993] “(...) concepts issus, pourrait-on croire, d’intelligences désincarnées et vivant, d’une vie toute irréelle, dans la sphère des idées pures”, en Lucien Febvre, “Puissance et déclin d’une croyance”, *Annales d’histoire économique et social*, 9 (1937), p. 89.

¹⁰ “(...) les cadres mentaux, aussi, sont prisons de longue durée”: BRAUDEL, Fernand: “Histoire et

intelectual debía quedar subsumida en una historia de las *mentalités* que era por definición colectiva —trataba los hábitos de un individuo “en común con otros hombres [sic] de su tiempo”— y diacrónica, y por consiguiente “más o menos inmóvil”¹¹.

Entre los ejemplos ofrecidos por Braudel de estos duraderos elementos del *outillage mentale* colectivo e inamovible estaban las Cruzadas, la práctica del espacio pictórico geométrico y un “concepto aristotélico del universo” que no sería destronado hasta la Revolución científica. Según Braudel, dichos elementos se hallaban sometidos a un mismo imperativo de “permanencia y supervivencia” que caracterizaba las vidas de los pastores trashumantes, atrapados por el movimiento cíclico de sus rebaños o de enclaves urbanos fijados por sus topografías y geografías. Él consideraba que eran análogamente independientes de las rupturas e inversiones que tenían lugar en el nivel de la *histoire événementielle*. La *longue durée* definida por los historiadores de *Annales* era por consiguiente un territorio infértil para los historiadores intelectuales. Tal y como afirmó Franco Venturi, este planteamiento “analiza toda la estructura ‘geológica’ del pasado, pero no la capa de terreno en la que las ideas en sí germinan y crecen”¹².

Al tiempo que los historiadores de la *longue durée* rechazaban la historia intelectual, los historiadores del pensamiento se estaban inmunizando contra la *longue durée*. En su artículo clásico de 1969 —“Meaning and Understanding in the History of Ideas”— Quentin Skinner criticaba la historia de las ideas ofrecida por Arthur Lovejoy y otros proyectos de historia del pensamiento de largo alcance (como la enseñanza de la teoría política por medio de grandes textos clásicos) por considerar que convertían las ideas en entidades con auténticas historias de vida pero carentes de sustancia por no tener en consideración la agencia humana y negar la intencionalidad y, lo más devastador, por conjurar “no una historia de las ideas sino de abstracciones: una historia de pensamientos que nadie jamás llegó a pensar y

Sciences sociales. La *longue durée*”, en *Annales E.S.C.*, 13 (1958), pp. 731, 732 [versión en español, *Historia y ciencias sociales. La larga duración*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1970].

¹¹ CHARTIER, Roger: “Intellectual History or Sociocultural History? The French Trajectories”, en Dominick LA CAPRA y Steven L. KAPLAN (eds.), *Modern European Intellectual History: Reappraisals and New Perspectives*, Ithaca, Cornell University Press, 1982, pp. 22 (citando a Jacques LE GOFF), 25.

¹² BRAUDEL, Fernand: “La *longue durée*”, p. 732; VENTURI, Franco: *Utopia and Reform in the Enlightenment*, Cambridge, Cambridge University Press, 1971, p. 14.

con un nivel de coherencia que nadie de hecho logró”. Tan equivocada metodología era acusada de dar alas y aliento a ciertos profesionales —en su mayoría politólogos— que se dedicaban a aislar y abstraer argumentos de sus contextos con el fin de recuperar una sabiduría intemporal, desde el momento en que se hallaban desvinculadas de momentos específicos de utilización estratégica, e intemporal en el sentido de que perduraban durante largos periodos de tiempo, a menudo desde la Antigüedad (occidental) hasta el presente. Skinner concluía que “tales relatos pueden en ocasiones ser malos, pero nunca pueden ser buenos”. La solución que proponía para este catálogo de errores era una más estricta contextualización retórica y temporal por medio de una concepción de las ideas como argumentos y de los argumentos como movimientos dentro de juegos de lenguaje¹³.

Los historiadores intelectuales, al menos en el mundo anglófono, se centrarían en adelante en lo sincrónico y en el corto plazo, no en lo diacrónico ni en la larga duración. Su énfasis en los actores individuales y sus intenciones se hallaba también a gran distancia de los procedimientos agregativos y despersonalizadores de la *histoire des mentalités* seriada. Su declarada atención hacia los actos de habla concebidos dentro de la tradición filosófica más bien analítica de J. L. Austin y Ludwig Wittgenstein impidió durante mucho tiempo todo intercambio con la escuela de la *Begriffsgeschichte*, de mayor ambición temporal y dotada de una articulación fundamentalmente heideggeriana de las continuidades entre pasado, presente y futuro¹⁴. La separación entre historia intelectual y *longue durée* parecía por consiguiente ser duradera e irreversible en la medida en que los historiadores de la *longue durée* renunciaban a la historia de las ideas, y la historia intelectual vendría en adelante a ser una práctica en oposición a la *longue durée*.

* * *

¹³ SKINNER, Quentin: “Meaning and Understanding in the History of Ideas”, en *History and Theory*, 8, 1969, pp. 18, 35 [versión en castellano, “Significado y comprensión en la historia de las ideas”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, 4 (2000), pp. 49-91].

¹⁴ Aunque se han producido acercamientos más recientes entre la “escuela de Cambridge” y la historia intelectual; véase al respecto especialmente RICHTER, Melvin: *The History of Political and Social Concepts: A Critical Introduction*, Nueva York, Oxford University Press, 1995; LEHMANN, Hartmut y RICHTER, Melvin (eds.): *The Meaning of Historical Terms and Concepts: New Studies on Begriffsgeschichte*, Washington, DC, German Historical Institute, 1996; SKINNER, Quentin: “Rhetoric and Conceptual Change”, *Finnish Yearbook of Political Thought*, 2 (1998), pp. 60-73.

Debido a ese rechazo mutuo, una historia intelectual de larga duración ha sido hasta hace poco un oxímoron, algo casi imposible y que implicaba un enorme error moral. Pero la primera ley de la dinámica académica es que por cada acción tiene lugar una reacción: se arranca el trigo junto con la cizaña, pero siempre queda algo. En los últimos años han comenzado a aparecer de nuevo historiadores intelectuales cada vez más orientados hacia la *longue durée*. Tengo en mente en este punto trabajos de muy diversos registros, desde *Sources of the Self* (1989) de Charles Taylor, que con ligereza pone la historia al servicio de una narración específica, pasando por *Songs of Experience* (2005) de Martin Jay, *The Idea of the Self* (2005) de Jerrold Seigel, *Happiness: A History* (2006) de Darrin McMahon, *Objectivity* (2007) de Lorraine Daston y Peter Galison, y *Thinking About Property* (2007) de Peter Garnsey¹⁵, hasta llegar a una serie de trabajos recientes y a punto de ver la luz como *Common Sense: A Political History* (2011) de Sophia Rosenfeld, *Toleration in Conflict* (2012) de Rainer Forst, *Tragic Irony: Democracy in European and American Thought* de James Kloppenberg, *Democracy: Representing Equality in History* de Richard Bourke y *Genius: A History*, de McMahon, así como mi propio trabajo sobre la guerra civil, sobre el que volveré más adelante¹⁶.

Lo que estas obras tienen en común es su intento de construir historias diacrónicas centradas en lo que yo he llamado de forma un tanto vulgar “grandes ideas”: es decir, conceptos centrales de nuestros vocabularios éticos, políticos y científicos que cuentan con pasados muy profundos y que en la mayor parte de los casos han sido también decisivamente resignificados en algún momento en los

¹⁵ TAYLOR, Charles: *Sources of the Self: The Making of the Modern Identity*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1989 [versión española: *Las fuentes del yo*, Barcelona, Paidós, 1995]; JAY, Martin: *Songs of Experience: Modern American and European Variations on a Universal Theme*, Berkeley, University of California Press, 2005; SEIGEL, Jerrold: *The Idea of the Self: Thought and Experience in Western Europe since the Seventeenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005; MCMAHON, Darrin M.: *Happiness: A History*, Nueva York, Grove Press, 2006 [versión española: *Una historia de la felicidad*, traduc. de Jesús Cuéllar, Madrid, Taurus, 2006]; DASTON, Lorraine y GALISON, Peter: *Objectivity*, Nueva York, Zone Books, 2007; GARNSEY, Peter: *Thinking about Property: From Antiquity to the Age of Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007.

¹⁶ ROSENFELD, Sophia: *Common Sense: A Political History*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 2011; FORST, Rainer: *Toleration in Conflict: Past and Present*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013; KLOPPENBERG, James T.: *Tragic Irony: Democracy in European and American Thought*, Nueva York, Oxford University Press (en prensa); BOURKE, Richard: *Democracy: Representing Equality in History*, Londres, Profile Books (en prensa); MCMAHON, Darrin M.: *Genius: A History*, Nueva York, Basic Books (en prensa).

últimos trescientos años. La tendencia que marcan todos estos libros ha sido denominada por Darrin MacMahon como “¿El regreso de la historia de las ideas?”, un título en el que los signos de interrogación son muy importantes¹⁷. Se trata seguramente de un “regreso” porque se asemeja sobre todo a la trillada “historia de las ideas” que remite a Lovejoy y sus acólitos: diacrónica, ambiciosa en cuanto al marco temporal, interdisciplinar (al menos en el sentido de que aborda diversos géneros de producción intelectual) y centrada en conceptos dominantes dentro de una historia sobre todo euroamericana.

Planteado de esta manera tan amplia, los paralelismos pueden parecer fundados, pero un análisis más de cerca pone de manifiesto diferencias de tipo definicional. Ningún historiador intelectual emplearía hoy las estridentes metáforas de Lovejoy de “ideas elementales” o “singulares” [*unit-ideas*] como elementos químicos, ni tampoco asumiría que es posible escribir la biografía de una idea como si estuviera dotada de una continuidad e identidad cuasibiológicas a través del tiempo, así como de un ciclo vital más largo que el de cualquier mortal humano. Podría haber un aire de familia entre la vieja historia de las ideas y su homónimo redivivo, pero se trata de un parentesco artificial, y no en menor medida debido a que esta nueva historia de las ideas se ha desarrollado en respuesta a las incisivas críticas de los métodos de Lovejoy surgidas tras la muerte de éste en 1962. De hecho puede que no se trate de un regreso sino de la reinención de la historia intelectual de amplio espectro temporal convertida en algo bastante diferente: en un método sólido, susceptible de apelar a un extenso conjunto de lectores académicos y no académicos, y que puede reorientar la historia intelectual hacia el diálogo con otras formas de historia “en grande”. Creo que a partir de esta reinención es posible llevar a efecto el largamente esperado *rapprochement* entre historia intelectual y *longue durée*.

Con el fin de justificar este reaceramiento, voy a ofrecer tres medios que espero que sirvan de ejemplo e ilustración de esta nueva vena de la historia intelectual de marco temporal amplio. El primero es que hay que verla como una *historia transtemporal*, valiéndonos de la analogía de la historia transnacional. El segundo es que debería proceder empleando un método de *contextualismo seriado*,

¹⁷ MCMAHON, Darrin M.: “The Return of the History of Ideas?”, en Darrin M. MCMAHON y Samuel MOYN (eds.), *Rethinking Modern European Intellectual History*, Nueva York, Oxford University Press, 2013.

sirviéndose de los procedimientos distintivos de la historia intelectual angloamericana, pero de un modo diacrónico así como sincrónico. Y el tercero es una propuesta de concebir el resultado de este contextualismo seriado transtemporal como una *historia en ideas* [*history in ideas*¹⁸] para distinguirla de la “historia de las ideas” que se asocia a Lovejoy y sus acólitos y que inspira desconfianza y descrédito. Lo que haré a continuación es explicar brevemente cada uno de estos términos, para luego ilustrar cómo he venido tratando de ponerlos en práctica al escribir una historia de las concepciones de la guerra civil desde la antigua Roma hasta el siglo XXI.

Me he apropiado del término *historia transtemporal* a partir del modelo de la historia transnacional con objeto de subrayar elementos de conexión y comparación a través del tiempo, en línea con lo que hace la historia transnacional con tales conexiones a través del espacio. (A diferencia de “transnacional”, término que se encuentra por vez primera en el contexto de la filología humanística del siglo XIX, “transtemporal” fue originariamente un término técnico procedente de la anatomía que significaba “que cruza las sienas; que atraviesa el lóbulo temporal del cerebro”, lo cual tal vez no resulte un préstamo completamente inadecuado para describir una modalidad de historia intelectual)¹⁹. La historia intelectual es a un tiempo expansiva y controlada: es expansiva porque aspira de forma deliberada a trascender las historias de naciones o estados limitados, pero es a la vez controlada en tanto en cuanto aborda en general procesos, coyunturas e instituciones que atravesaban las fronteras de esas unidades históricas²⁰.

La historia transnacional no niega la existencia de lo nacional pese a su esfuerzo por superar e ir más allá de los determinantes del espacio nacional. De igual

¹⁸ Algunas traducciones alternativas posibles para esta modalidad de *history in ideas* podrían haber sido “historia basada en ideas”, “historia en forma de ideas”, “historia a través de las ideas” y otras perífrasis similares. Después de algunas consultas con el autor, sin embargo, hemos preferido conservar la versión más elegante y ajustada al texto original en lengua inglesa: *historia en ideas* [Nota del Traductor].

¹⁹ SAUNIER, Pierre-Yves: “Transnational”, en Akira IRIYE y Pierre-Yves SAUNIER (eds.), *The Palgrave Dictionary of Transnational History*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, 2009, pp. 1047-1055; *Oxford English Dictionary*, “transtemporal”.

²⁰ CLAVIN, Patricia: “Defining Transnationalism”, *Contemporary European History*, 14 (2005), pp. 421-439; BAYLY, C. A.; BECKERT, Sven; CONNELLY, Matthew; HOFMEYER, Isabel; KOZOL, Wendy y SEED, Patricia: “AHR Conversation: On Transnational History”, *American Historical Review*, III (2006), pp. 1441-1464; ARMITAGE, David: “The International Turn in Intellectual History”, en MCMAHON y MOYN (eds.), *Rethinking Modern European Intellectual History*; ARMITAGE, David: *Foundations of Modern International Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.

manera, según entiendo, la historia transtemporal debiera ser extensiva pero asimismo delimitada: vincula distintos contextos, momentos y periodos al mismo tiempo que mantiene la especificidad sincrónica de dichos contextos. La historia transtemporal no es transhistórica: está *sujeta* al tiempo, no es ajena a él, para así evitar los peligros de la reificación y la negación de la agencia inherentes a la historia de las ideas atemporal, abstracta, de Lovejoy por ejemplo. Subraya asimismo los mecanismos de conexión entre momentos y se interesa por lo tanto por cuestiones relacionadas con la transmisión, tradición y recepción concretas, de nuevo a diferencia de la historia de las ideas tradicional, que asumía pero no analizaba cómo viajaban material e institucionalmente las ideas a través del tiempo.

Esta historia transtemporal procederá necesariamente por medio de un *contextualismo seriado*. Con ello me refiero a la reconstrucción de una secuencia de contextos distintivos en los que agentes identificables hicieron estratégicamente uso de lenguajes disponibles con objeto de lograr fines alcanzables, tales como por ejemplo la legitimación y la deslegitimación, la persuasión y la disuasión, la construcción de consensos y la innovación radical. Al menos desde la revolución contextualista iniciada por Skinner en 1969, la mayoría de los historiadores intelectuales que se autodefinen como contextualistas han hecho uso de contextos de modo sincrónico y puntual, es decir, los han definido de forma estrecha cronológicamente y discontinua con otros contextos. Un propósito inicial subyacente a este modo tan estricto de interpretar el contexto era eludir el recurso a la historia de las ideas como *longue durée* al estilo de Lovejoy, la cual no tenía en consideración el contexto y marginaba la acción de los usuarios de lenguaje. Este saludable ejercicio puede no obstante haber tenido como efecto no intencionado que los historiadores intelectuales han separado entre sí contextos similares que se produjeron antes o después hasta producir lo que un crítico del contextualismo ha visto como “el tren correo de la historia, que arrastra un convoy de periodos auto-sincronizados, como si fueran furgones de mercancías”²¹.

No hay razones de peso para no superar esa objeción y establecer, como si dijéramos, pasarelas entre los vagones, es decir, formas de reunir diacrónicamente

²¹ TUCKER, Herbert F.: “Introduction”, en Rita FELSKI y Herbert F. TUCKER (eds.), “Context?”, *New Literary History*, 42 (2011), p. ix.

contextos reconstruidos a través del tiempo —transtemporalmente— hasta producir historias de más amplio espectro que ni se encuentran artificialmente vinculadas ni son engañosamente continuas. Existen modelos para ello, incluso procedentes del corazón de la apuesta contextualista conocida como la “Escuela de Cambridge”. ¿Acaso no es el *Machiavellian Moment* (1976) de John Pocock de hecho una obra de contextualismo seriado? ¿O *Rights of War and Peace* (1999) de Richard Tuck?; ¿o incluso “Genealogies of the Modern State” (2009) de Quentin Skinner?²² Incluso me pregunto ahora si el contextualismo seriado no era el método subyacente a mi *The Ideological Origins of the British Empire*: al igual que M. Jourdain, tal vez puedo admitir ahora que como historiador intelectual siempre he sido un estudioso de contextos en serie²³.

Como éstos y otros ejemplos pueden mostrar, las concepciones del contexto mismo se han vuelto crecientemente transtemporales incluso a pesar de no haber sido apenas teorizadas en términos diacrónicos. Por señalar dos ejemplos destacados: ¿qué fue la tradición retórica desde Aristóteles, o posiblemente desde *Ad Herennium*, sino un contexto diacrónico pero dinámico dentro del cual Hobbes elaboró estratégicamente su concepción del lenguaje?²⁴ ¿O qué las largas tradiciones de exégesis bíblica y del hebraísmo cristiano dentro de la cual los estudiosos de la república hebraica generaron sus argumentos sobre el republicanismo exclusivista, el distribucionismo igualitario y la tolerancia religiosa?²⁵ Las obras de Quentin Skinner y Eric Nelson que abordan estas tradiciones son tan rigurosamente contextualistas como las que más, y no obstante cada una establece nexos sincrónicos con tradiciones diacrónicas que perduran siglos, de hecho milenios, por mucho que se

²² POCOCK, J. G. A.: *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition*, 2nd ed., Princeton, NJ, Princeton University Press, 2003 [edición española: *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*, Madrid, Tecnos, 2003]; TUCK, Richard: *The Rights of War and Peace: Political Thought and the International Order from Grotius to Kant*, Oxford, Clarendon Press, 1999; SKINNER, Quentin: “A Genealogy of the Modern State”, *Proceedings of the British Academy* 162 (2009), pp. 325-370 [versión en castellano, “Una genealogía del Estado moderno”, *Estudios Públicos*, 118 (2010), pp. 5-56].

²³ ARMITAGE, David: *The Ideological Origins of the British Empire*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

²⁴ SKINNER, Quentin: *Reason and Rhetoric in the Philosophy of Hobbes*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

²⁵ NELSON, Eric: *The Hebrew Republic: Jewish Sources and the Transformation of European Political Thought*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 2010.

trate de obras que no aspiran a reconstruir cada paso en la transmisión de dichas tradiciones como hace el tipo de trabajo más conscientemente contextualista seriado que vengo reivindicando²⁶.

El resultado de un contextualismo seriado abiertamente admitido y conscientemente perseguido sería lo que he venido en llamar *historia en ideas*. Considero éste un género de historia intelectual en el que una serie de episodios de pugna por el significado forman los jalones principales de una narrativa transtemporal construida sobre un periodo de tiempo que se extiende a lo largo de décadas, cuando no de siglos. Las “ideas” que estructuran esta historia no serían entidades hipostasiadas que efectúan de forma intermitente su entrada en el mundanal ruido desde las celestiales esferas del idealismo, sino puntos focales de disputa conformados y debatidos de forma episódica a través del tiempo con una conexión consciente — o al menos probable — con instancias tanto anteriores como posteriores de dichas pugnas. Así como la historia del mundo ha sido contada de modo sugerente hace poco “en 100 objetos”, una historia de las ideas puede ser narrada por medio de un número finito de momentos.²⁷ Las ideas escogidas deberían estar conectadas a través del tiempo, así como a través de la carga de significados que transportan por medio de su diálogo con el pasado y, en ocasiones, con el futuro. Con estas prescripciones más bien abstractas en mente voy a continuación a ofrecer una idea de mi prolongado intento de escribir semejante historia de las ideas transtemporal y contextualista seriada por medio de un esbozo de los momentos clave de la historia intelectual de la noción de guerra civil desde la Roma antigua hasta la actualidad.

* * *

Guerra civil es un candidato de primer orden para una “historia en ideas”, pues cuenta con una historia con un comienzo identificable, en el primer siglo antes de Cristo, pero todavía no se vislumbra un final.²⁸ Se resiste a ser reificada porque es

²⁶ Véase también, NELSON, Eric: *The Greek Tradition in Republican Thought*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, que recorre desde Platón hasta Tocqueville.

²⁷ MACGREGOR, Neil: *A History of the World in 100 Objects*, Londres, Allen Lane, 2010.

²⁸ ARMITAGE, David: *Civil War: A History in Ideas*, Nueva York, Knopf (en prensa).

un término valorativo y a la vez descriptivo: no es posible abstraerla —a pesar de haber habido señalados intentos de hacerlo— y por tanto ha de ser historizada. Se trata también de una pieza indispensable de nuestro vocabulario político, si bien su aplicación a acontecimientos concretos no tiene lugar nunca sin provocar controversia. Ello es así en parte debido a que “guerra civil” aparece tanto en discursos técnicos como en el habla no especializada: todos nosotros podemos pensar que sabemos qué es una guerra civil cuando somos testigos de ella (o nos es relatada), pero hay multitud de comunidades de expertos, como por ejemplo juristas internacionales, científicos políticos y los políticos mismos, que diferirán en sus definiciones. La historia del empleo de “guerra civil” durante más de dos mil años contiene tanto continuidades semánticas como rupturas conceptuales, todas las cuales han sido objeto de controversia en casi todos los momentos. Sin embargo, su ubicuidad misma en el lenguaje contemporáneo contrasta de forma notoria con su virtual ausencia en el primer siglo de su invención, y su circulación a escala mundial — a través de todos los idiomas europeos y desde ellos hacia otros grupos de idiomas — desborda su especificidad original procedente del discurso legal de la Antigua Roma. Su historia ha estado caracterizada desde el principio por el conflicto sobre su significado, así como por el significado del conflicto, y sigue siendo uno de los rasgos característicos de la perdurable fuerza de esa historia hasta el presente.

Guerra civil se aproxima a un concepto esencialmente en disputa en los famosos términos del filósofo y circunstancial historiador de las ideas W. B. Gallie. Digo que “se aproxima” porque, a diferencia de los ejemplos de tal tipo de conceptos aducidos por Gallie —justicia social, arte, democracia, doctrina cristiana—, aunque guerra civil entra dentro de la categoría de conceptos que él definió como “valorativos”, no es uniformemente positivo como término evaluativo. Es sin embargo complejo internamente: es de hecho originariamente un oxímoron, como veremos; es “variablemente descriptivo” porque carece de una definición *a priori*; está sujeto a redefinición ante circunstancias cambiantes; y ha sido empleado siempre de manera agresiva y defensiva para legitimar tanto como para deslegitimar. Su empleo puede depender de si uno es un gobernante o un rebelde, el vencedor o el vencido, un gobierno establecido o un tercer actor implicado²⁹. Lo que para un gobernante

²⁹ GALLIE, W. B.: “Essentially Contested Concepts”, *Proceedings of the Aristotelian Society*, 56, 1955-

aparece como una rebelión contra su autoridad puede ser una guerra civil para los insurgentes que aspiran a derrocar su autoridad. Y lo que para los combatientes puede parecer una guerra civil, puede por contra ser una revuelta, una revolución, o sencillamente un tiempo de “turbulencias” para observadores externos. Esta misma contestabilidad ha contribuido a convertirlo en lo que Foucault denomina “la más desacreditada de todas las guerras”³⁰.

Para mostrar la naturaleza esencialmente controvertida del concepto de guerra civil — y mostrar también, al menos parcialmente, en qué consiste mi propuesta de “historia *en ideas*” — voy a ofrecer a continuación tres maneras en las que fue empleado de manera transtemporal. El primer ejemplo procede del historiador griego de las guerra civiles romanas del siglo II de nuestra era Apiano de Alejandría. Apiano escribió que en el año 80 antes de Cristo el conflicto entre los generales romanos Sila y Mario:

fue el primero que tuvo lugar en Roma no en forma de disensión civil, sino de forma cruda como una guerra [*polemos*], con trompetas y estandartes militares [...]. Los episodios de lucha civil pasaron de la rivalidad y controversia al asesinato, y del asesinato a la guerra abierta, y se trató del primer ejército compuesto de ciudadanos romanos que atacó su propio país como si se tratase de un poder hostil³¹.

La descripción de Apiano posee un valor singular porque procede de un autor que escribía en griego, idioma cuyas tradiciones no contenían ningún equivalente preciso del término “guerra civil”, un concepto específica y singularmente romano en su origen³². En la genealogía intelectual de la guerra civil, como en tantas otras cosas, todos los caminos llevan a Roma³³.

1956, pp. 171-180. Una útil revisión reciente de la literatura sobre Gallie, en COLLIER, David; HIDALGO, Fernando Daniel; y OLIVIA MACIUCEANU, Andra: “Essentially Contested Concepts: Debates and Applications”, *Journal of Political Ideologies*, 11 (2006), pp. 211-246.

³⁰ “la plus décriée des guerres [...] la guerre civile”: Michel Foucault, carta de diciembre de 1972, en FOUCAULT, Michel: *Dits et Écrits*, ed. Daniel DEFERT and François EWALD, París, Gallimard, 1994, I, p. 42.

³¹ APIANO: *The Civil Wars*, traducción de John Carter, Harmondsworth, Penguin, 1996, pp. 32-33 [I. 59-60] [versión en castellano, *Historia romana. Vol.2, Guerras civiles*, Madrid, Gredos, 1985].

³² LORAUX, Nicole: *The Divided City: On Memory and Forgetting in Ancient Athens*, traducción de Corinne PACHE y Jeff FORT, Nueva York, Zone Books, 2002, pp. 24-25, 107-108.

³³ JAL, Paul: *La guerre civile à Rome. Étude littéraire et morale*, París, 1963; BROWN, Robert: “The Terms *Bellum Sociale* and *Bellum Ciuile* in the Late Republic”, en Carl DEROUX (ed.), *Studies in Latin Literature and Roman History*, 11, Bruselas, 2003, pp. 94-120; BREED, Brian; DAMON, Cynthia y ROSSI,

Las concepciones romanas de la guerra civil proporcionaron materiales para la controversia hasta bien entrado el siglo XIX. Herman Melville escribió su tardío epitafio cuando selló la rendición militar de la Confederación del Sur en Appomattox en 1865 con un poema que se abría con estos versos:

Las águilas guerreras pliegan sus alas,
pero no obedeciendo al mandato de César;
No ensalzamos a Roma triunfando sobre ejércitos romanos
como en el día de Farsalia,
sino al derrocamiento de la traición, bien que gigantesca,
y a la perduración de la libertad³⁴.

Por ello, mi segundo ejemplo procede del periodo en el que las concepciones romanas de la guerra civil estaban dando paso a un debate aún más confuso y controvertido sobre las relaciones entre conceptos como “revolución”, “rebelión”, “insurgencia” y guerra civil. Se trata de la obra del jurista prusiano y primer profesor norteamericano de ciencia política Francis Lieber, quien escribió en 1863:

Guerra civil es una guerra entre dos o más porciones de un país o estado, cada una de las cuales pugna por la supremacía sobre el conjunto, y cada una de las cuales reclama ser el gobierno legítimo. El término se aplica también en ocasiones a la guerra de rebelión, cuando las provincias rebeldes o partes de un estado son contiguas a aquellas que poseen la sede del gobierno³⁵.

Lieber trató de ser neutral en esta definición, que compuso en mitad de lo que hoy día todos conocemos con el nombre de Guerra Civil de Estados Unidos³⁶, con el fin de incluirla en la primera codificación de las leyes de la guerra: la famosa *General Orders no. 100* del ejército de la Unión, más conocida por el nombre de su autor como el Código Lieber [*Lieber Code*]. Su definición carecía de precedentes en la literatura jurídica y fue mucho más parcial y disputada en su misma época de lo que Lieber

Andreola (eds.): *Citizens of Discord: Rome and its Civil Wars*, Oxford, Oxford University Press, 2010.

³⁴ MELVILLE, Herman: “The Surrender at Appomattox” (April 1865), citado por THOMAS, Richard: “My brother got killed in the war: Internecine Intertextuality”, en BREED, DAMON y ROSSI (eds.): *Citizens of Discord*, pp. 302-303.

³⁵ [LIEBER, Francis], *Instructions for the Government of Armies of the United States in the Field*, Nueva York, D. Van Nostrand, 1863, p. 25.

³⁶ En la historiografía española este conflicto (*American Civil War*, 1861-1865) es conocido habitualmente como “Guerra de Secesión” [NT].

admitió. Apenas logró contener la posterior controversia sobre la definición del término, a pesar de que con el tiempo el Código Lieber se convirtió en modelo para las Convenciones de Ginebra y La Haya, así como para toda una serie de manuales militares del ejército norteamericano en los siglos XX y XXI³⁷.

Mi tercer y último ejemplo procede de los científicos sociales norteamericanos Melvin Small y David Singer, que definieron la guerra civil en 1972 como:

combate militar prolongado, primordialmente interno, que da lugar al menos a mil muertos en combate al año y enfrenta fuerzas de un gobierno central contra una fuerza insurgente capaz de [...] infligir a las fuerzas gubernamentales al menos un cinco por ciento del total de bajas de los insurgentes³⁸.

Su definición fue producto de mucha discusión y confusión entre científicos sociales durante la Guerra Fría en relación con la guerra civil y sus diferencias respecto de otros tipos de “guerra interna” (motín, rebelión, revolución, insurgencia), y cada uno de los elementos que la componen fue elegido para asegurar los límites de la definición contra la imprecisión: tenía que ser una guerra (y no otra forma de violencia a gran escala); tenía que ser interna a un estado existente, pero no de forma exclusiva, con objeto de no dejar fuera las guerras civiles que incluían fuerzas procedentes del exterior; debía excluir las masacres unilaterales y genocidios; y dejaba abierto lo relativo a las motivaciones de los participantes, si bien la definición venía a implicar que una de las partes gozaba de legitimidad (“fuerzas centrales gubernamentales”) mientras que la otra no (“una fuerza insurgente”).

Cada una de estas tres definiciones solapadas —del siglo II de la era, de mediados del siglo XIX y de finales del siglo XX— ejemplifica una amplia era de historia transtemporal de la guerra civil: la de Apiano es una definición romana, descriptiva e histórica que fue el producto de dos siglos de discusión entre historiadores, poetas, oradores y juristas sobre los sucesivos y reiterativos conflictos romanos; otra, la de Lieber, es una concepción euro-americana, normativa y legal que

³⁷ HARTIGAN, Richard Shelly: *Lieber's Code and the Law of War*, Chicago, Precedent Publishing, 1983; WITT, John: *Lincoln's Code: The Laws of War in American History*, Nueva York, Free Press, 2012.

³⁸ SMALL, Melvin y SINGER, J. David: *Resort to Arms: International and Civil Wars, 1816-1980*, Beverley Hills, Sage Publications, 1982, pp. 210-220.

éste había confeccionado con el deseo de poder contribuir a reducir la confusión en relación con el tema; y la de Small y Singer, norteamericana de nuevo pero en última instancia global, empírica y de dimensión científico-social, surgió de un caldo de cultivo creado por científicos sociales que necesitaban una definición que sirviera para analizar grandes cantidades de datos. Cada una de estas definiciones ha dejado su huella en cómo hoy día entendemos la guerra civil, si bien todas ellas han sido controvertidas y han generado a su alrededor mucha discusión.

Guerra civil ha sido un concepto esencialmente controvertido debido a que, desde sus orígenes, fue internamente contestado. Los romanos generalmente daban a sus guerras el nombre de sus adversarios (guerras cartaginesas, yugurtinas, serviles...) y esta práctica hizo que la definición de guerra civil fuese particularmente problemática. El término fue probablemente acuñado —empleo aquí la forma pasiva porque su inventor nos es desconocido— a partir de la analogía con el derecho civil (*ius civile*), pero una *bellum civile* implicaba precisamente más una guerra contra *cives* o ciudadanos. Las guerras de Roma eran, por definición, emprendidas contra enemigos externos u *hostes*, literalmente los enemigos antitéticos de quienes conformaban la *civitas*, unidos por lazos compartidos de ciudadanía. Y para que se tratase de una *bellum*, debía ser justa, algo que una lucha contra conciudadanos no podía por definición ser³⁹.

La naturaleza paradójica hasta el oxímoron de *bellum civile* —una guerra que no podía justificarse como guerra, en la que se combatía contra enemigos que no podían ser denominados enemigos— da cuenta de la enorme reticencia de los romanos a ocuparse de todo lo tocante a la guerra civil hasta bien entrado el siglo I de nuestra era. No obstante, para cuando Apiano compuso su historia de los conflictos internos de Roma, las pugnas entre ciudadanos se habían hecho tan habituales, y su forma había adquirido contornos tan marcados, que su descripción de la marcha de Sila sobre la ciudad incluía un consenso sobre su forma. Las trompetas y estandartes eran los signos visibles, la guerra convencional el medio, y el control de la ciudad de Roma el fin: todo ello reunido nos sitúa ante las marcas de una guerra civil más que ante los signos de un mero tumulto, disensión o sedición. Apiano también suponía la

³⁹ ROSENBERGER, Veit., *Bella et expeditiones. Die antike Terminologie der Kriege Roms*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1992; BROWN, “The Terms *Bellum Sociale* and *Bellum Civile* in the Late Republic”.

existencia de una narrativa dentro de la cual el ataque a Roma por parte de Sila era el episodio original.

Las obras de César, Salustio, Lucano, Tácito, Plutarco, Apiano, Floro y Agustín, por nombrar sólo los más destacados, transmitieron versiones de esa narrativa a lo largo de todo el mundo latino occidental al menos hasta finales del siglo XVIII. Estaba por un lado lo que puede denominarse la narrativa republicana de lo que mostraban ser incesantes y recurrentes guerras civiles emergentes de la propia fragua de la civilización romana: formar parte de la civilización consistía de hecho en estar expuesto a la guerra civil, y experimentar una guerra civil despejaba el camino para ulteriores disensiones destructivas en el seno de la comunidad. Había en paralelo otra narrativa imperial o augustea que seguía el mismo patrón pero sostenía que el único remedio para la patología de la guerra civil sería la restauración de la monarquía o la exaltación de un emperador. “De esta manera”, escribió Apiano, “la civilización romana sobrevivió a todo tipo de disturbios civiles hasta alcanzar la unidad y la monarquía”: “una evidente demostración”, subrayó su traductor al inglés a finales del siglo XVI, “de que el gobierno popular debe ceder el testigo, y el poder de los príncipes debe prevalecer”⁴⁰. Y por último existía una narrativa cristiana, elaborada sobre todo por Agustín de Hipona, el último de los grandes historiadores romanos, que presentaba la historia pagana de Roma como una retahíla de “todos los males tanto más infernales cuanto más internos” (*quanto interiora, tanto miseriora*), una serie de “discordias civiles, o más bien inciviles” (*discordiae civiles vel potius inciviles*)⁴¹. La popularidad de estas narrativas de guerra civil como eventos repetitivos, acumulativos y transformativos sólo comenzó a decaer en el periodo que los historiadores denominan “la era de las revoluciones”, cuando comenzó a ser destronada por otra narrativa, ahora de revoluciones (análogamente recurrentes, sucesivas y transtemporales)⁴². A medida que los sujetos con conciencia de

⁴⁰ APIANO: *The Civil Wars*, p. 4 (I. 6); [APIANO] *An Auncient Historie and exquisite Chronicle of the Romane warres, both Civile and Foren*, Londres, Raufe Newbery and Henrie Bynniman, 1578, portada.

⁴¹ AGUSTÍN DE HIPONA: *The City of God against the Pagans*, edición de R. W. Dyson, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, p. 132 (III. 23).

⁴² KOSELLECK, Reinhart *et al.*: “Revolution, Rebellion, Aufruhr, Bürgerkrieg”, en Otto BRUNNER, Werner CONZE y Reinhart KOSELLECK (eds.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, E. Klett, 1972-1997, V, pp. 712-714, 726-727, 778-780; SCHNUR, Roman: *Rivoluzione e guerra civile*, edición de Pier Paolo Portinaro, Milán, Giuffrè, 1986; ARMITAGE, David: “Every Great Revolution is a Civil War”, en Keith Michael BAKER y Dan

revolucionarios renombraron las guerras civiles como revoluciones, no es casual que, por ejemplo, las ediciones del gran poeta romano de la guerra civil Lucano, que había sido reeditado casi sin interrupción a lo largo del siglo XVIII, dejaron de aparecer para no recuperar actualidad hasta otra era posterior de guerras civiles a finales del siglo XX⁴³.

Las concepciones romanas de la guerra civil comenzaron en un plano estrictamente jurídico para extenderse luego a la literatura y a la historia. La muy posterior redefinición jurídica de guerra civil acometida por Francis Lieber tuvo lugar en un contexto radicalmente distinto, a mediados del siglo XIX. En 1863, el Tribunal Supremo de los Estados Unidos emitió sentencia sobre cuatro casos, conocidos de forma colectiva como los Prize Cases, que surgieron de la decisión en 1861 del Presidente Abraham Lincoln de bloquear los puertos marítimos desde la Bahía de Chesapeake hasta la desembocadura del Río Grande con el argumento de que los estados de la Confederación habían iniciado “una insurrección contra el Gobierno de los Estados Unidos”. Los querellantes argumentaron que el Presidente había aplicado las leyes de la guerra a una situación para la cual éstas no eran válidas porque no había habido ninguna declaración de guerra. En nombre del voto mayoritario, el juez Robert Grier argumentó que los Estados Unidos se hallaban en realidad en guerra con la Confederación del Sur: “Una guerra civil nunca es declarada solemnemente; se convierte en tal por sus accidentes: la cantidad, poder y organización de las personas que la originan y la llevan adelante”⁴⁴. Justo inmediatamente después de esta decisión, la cabeza visible del ejército de la Unión, el general Henry Halleck, encargó a Francis Lieber que redactase el primer conjunto de normas codificadas para la guerra terrestre. Cuando Lieber envió su primer borrador a Halleck en febrero de 1863, el general objetó que faltaba en él un elemento fundamental: una definición del particular tipo de conflicto interno en el que su ejército se había visto implicado en el último año. Según escribió a Lieber, “para ser

EDELSTEIN (eds.), *Scripting Revolution*, Stanford, Stanford University Press (en prensa).

⁴³ Sobre la historia de la recepción de Lucano, hay importantes capítulos en ASSO, Paolo (ed.): *Brill's Companion to Lucan*, Leiden, Brill, 2011.

⁴⁴ The Prize Cases, 67 U.S. 635 (1863); MCGINTY, Brian: *Lincoln and the Court*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 2008, pp. 118-143; LEE, Thomas H. y RAMSEY, Michael D.: “The Story of the Prize Cases: Executive Action and Judicial Review in Wartime”, en Christopher H. SCHROEDER y Curtis A. BRADLEY (eds.), *Presidential Power Stories*, Nueva York, Foundation Press, 2009, pp. 53-92.

más útil para los tiempos presentes, [el Código] debería incluir la guerra civil así como la guerra entre estados y soberanías *distintas*”⁴⁵.

No obstante, de acuerdo con la definición final de Lieber —“guerra entre dos o más porciones de un país o estado, cada una de las cuales lucha por la supremacía sobre el conjunto y cada una de las cuales reclama el gobierno legítimo”— la “Guerra Civil” americana no fue en absoluto una guerra civil. Puede que enfrentase a dos partes del país, pero sólo una de sus partes aspiraba a la supremacía sobre el conjunto y reclamaba ser el gobierno legítimo de todo el territorio. Según sus propios términos, la Guerra Civil americana fue en realidad una rebelión: “una insurrección de gran alcance, a menudo una guerra entre el gobierno legítimo de un país y porciones o provincias del mismo que pretenden sacudirse su dependencia de él y establecer un gobierno propio”. De hecho él mismo casi vino a admitir esto en la segunda mitad de su definición de guerra civil: “en ocasiones se aplica a la guerra de rebelión, cuando las provincias o porciones rebeldes del estado son contiguas a las que contienen la sede del gobierno”: de ahí posiblemente la designación oficial del conflicto por parte de la Unión a fines del siglo XIX como la Guerra de la Rebelión⁴⁶.

Pese a estas dificultades en la definición, el Código Lieber se convirtió en la piedra fundacional de todo el posterior derecho humanitario, y fue reimpresso en su totalidad, incluyendo sus definiciones de insurrección, rebelión y guerra civil para ser usado durante la guerra entre Estados Unidos y Filipinas en 1902, y su discusión sobre el concepto de guerra civil resurgió en distintas ocasiones hasta 1940. Sólo a la altura de 1990 el ejército norteamericano trató de dar una nueva definición de guerra civil, una concepción reducida *ad absurdum* en 2008, cuando el Manual de Operaciones del Ejército apenas dedicó un simple párrafo de sus 180 páginas de letra apretada a las guerras civiles, señalando tan sólo que éstas “a menudo incluyen grandes operaciones de combate” y pueden provocar “muertes masivas”⁴⁷. La

⁴⁵ Anotación de Henry Halleck, a LIEBER, Francis: *A Code for the Government of Armies in the Field, As Authorized by the Laws and Usages of War on Land*, “Printed as manuscript for the Board appointed by the Secretary of War” (Febrero 1863), pp. 25-[26], San Marino, The Henry E. Huntington Library, num. 243077.

⁴⁶ [LIEBER, Francis] *Instructions for the Government of Armies of the United States in the Field*, p. 25; [United States, Department of War] *The War of the Rebellion: A Compilation of the Official Records of the Union and Confederate Armies*, Washington (DC), US Government Printing Office, 1880-1891.

⁴⁷ US Department of the Army, Field Manual 3-0 (27 de Febrero de 2008), § 2-67. <http://www.army.mil/fm3-0.pdf>.

separación entre la memoria histórica de los norteamericanos en relación con su conflicto interno y la experiencia de las guerras civiles en el extranjero había llegado a ser completa.

Desde 1945, el gradual paso de la guerra entre estados a la guerra intraestatal a escala global, debidamente combinado con el auge de las ciencias sociales positivistas y las crisis de la descolonización, generó nuevas presiones por una definición de lo que era y lo que no era una guerra civil. Desde los años sesenta, los científicos sociales norteamericanos se implicaron cada vez más en la interpretación de lo que se conocía en general como “guerra intestina”, una categoría que incluía todo lo que hay entre la guerra de guerrillas y los levantamientos hasta las guerras civiles, golpes de estado y revoluciones⁴⁸. La amplitud de la categoría produjo ansiedad ante la ausencia de un eje teórico así como insatisfacción ante ejemplos que resultaban demasiado heterogéneos como para ser codificados o enumerados. Los datos no podían ser teorizados, y las teorías carecían de datos de apoyo.

Con objeto de resolver este dilema Melvin Small y David Singer generaron la tercera definición de guerra civil arriba recogida. Ellos reclamaban una definición cuantitativa y no cualitativa “que minimice el sesgo subjetivo” y, más señaladamente, “que facilite la construcción de una base de datos” como forma de escapar a lo que para ellos constituía un laberinto conceptual de controvertidas e inconsistentes definiciones de guerra civil⁴⁹. El mayor problema de su definición es la cantidad de conflictos que *no* engloba. Su umbral de 1.000 muertos en combate al año excluiría el conflicto de Irlanda del Norte, que registró 3.500 muertes entre 1969 y 2001, con un pico máximo de 472 en 1972. La condición de ser “prioritariamente interna” fue especificada como “interna a la *metrópoli*” con objeto de excluir las guerras poscoloniales de liberación nacional, como la guerra de Argelia. Pese a su intento de ser neutral y objetiva, esta idea de guerra civil era de hecho bastante contingente y controvertida⁵⁰. Parafraseando a Winston Churchill, era

⁴⁸ ECKSTEIN, Harry: “On the Etiology of Internal Wars”, *History and Theory*, 4 (1965), pp. 33-63; ORLANSKY, Jesse: *The State of Research on Internal War, Research Paper P-565*, Arlington (VA), Institute for Defense Analyses, Science and Technology Division, 1970.

⁴⁹ SMALL y SINGER, *Resort to Arms*, p. 210.

⁵⁰ ANGSTROM, Jan: “Towards a Typology of Internal Armed Conflict: Synthesising a Decade of Conceptual Turmoil”, *Civil Wars*, 4 (2001), pp. 93-116; SAMBANIS, Nicholas: “What is Civil War? Conceptual and Empirical Complexities of an Operational Definition”, *Journal of Conflict*

probablemente la peor definición de guerra civil que uno podía imaginarse, exceptuando cualquier otra que haya podido ser propuesta en los últimos doscientos años. Esto apenas importaría si no fuese por el hecho de que sigue siendo el umbral de medida para hablar de guerra civil entre los científicos sociales, y por tanto es la base para la organización de datos que se hacen llegar a instituciones como el Banco Mundial y el Departamento de Estado de los Estados Unidos a la hora de decidir niveles de riesgo-país con objeto de hacerles llegar ayuda o de sopesar la posibilidad de intervenciones humanitarias en conflictos considerados “civiles”.

* * *

He escogido estos tres ejemplos clave de mi historia en ideas con el fin de ilustrar las dimensiones tanto sincrónica como diacrónica de este género emergente. Como puede observarse, cada una de las instancias se implica en un diálogo consciente con la historia pasada, conceptual y experiencial, de la guerra civil. Apiano, al escribir en griego, se vio compelido a asimilar semánticamente las guerras civiles de Roma al término griego *emphylia*, si bien su ajustada descripción de estos conflictos puso de manifiesto la enorme brecha entre la palabra y el concepto, entre las concepciones griega y romana de la lucha civil⁵¹. Francis Lieber había revisado cuidadosamente el corpus del derecho internacional buscando una definición jurídica de guerra civil, pero no encontró ninguna; de igual manera, tuvo que distinguir su definición de las de revolución, rebelión e insurrección — que podríamos decir que no llegan a ser conceptos totalmente asimétricos de guerra civil⁵² — en un intento dirigido a aliviar un conflicto específico, dentro de un contexto legal estrictamente definido, pero con vistas a la humanización de la guerra de cara al futuro. Por último, Singer y Small trataron de trascender los determinantes

Resolution, 48 (2004), pp. 814-858.

⁵¹ BOTTERI, Paula: “*Stásis*: Le Mot grec, la chose romaine”, *Métis*, 4 (1989), pp. 87-100.

⁵² KOSELLECK, Reinhart: “The Historical-Political Semantics of Asymmetric Counterconcepts”, en KOSELLECK, Reinhart: *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*, traducción de Keith Tribe, Nueva York, Columbia University Press, 2004, pp. 155-91 (versión en castellano, *Futuro pasado. Por una semántica de los tiempos modernos*, Barcelona, Paidós, 1996); JUNGE, Kay y Kirill POSTOUTENKO (eds.): *Asymmetrical Concepts After Reinhart Koselleck: Historical Semantics and Beyond*, Bielefeld, transcript Verlag, 2011.

contextuales y crear una definición transhistórica de guerra civil que lo que hace es más bien revelar las marcas de su altamente contingente acuñación. Con todo, su concepción no sólo ha permanecido sino que no ha dejado de ganar legitimidad hasta nuestros días, en tensión con concepciones jurídicas de la guerra civil que descienden en última instancia de Lieber así como con concepciones históricas cuyas raíces son claramente romanas.

Pero los ejemplos no pueden ser sino ejemplificaciones; los síntomas no pueden equipararse con los sistemas. Incluso mi procedimiento de combinar una contextualización cerrada y sincrónica con recorridos diacrónicos mucho más amplios propios de la *longue durée* pueden pronto quedar superados y obsoletos en vez de parecer brillantemente vanguardistas. La recopilación manual y el análisis de fuentes a los que los historiadores del pensamiento se han acostumbrado durante un siglo (y otros historiadores desde antes) no se está quedando atrás, pero resulta cada vez más incompleto: hoy día la “lectura distanciada” de grandes conjuntos de fuentes suplementa la lectura atenta, aunque no puede suplirla⁵³. Apenas están empezando a notarse los efectos de la revolución digital sobre los historiadores del pensamiento, pero está claro que implicarán transformaciones, tanto en términos de la cruda escala de materiales disponibles para el análisis como de la amplitud de las tecnologías que manejar para resolver viejos problemas y sugerir nuevas cuestiones.

Enormes cantidades de fuentes cuya recolección hasta hace poco hubiera absorbido la vida completa de investigadores individuales (incluso más de una vida) se encuentran ahora disponibles para estudiantes universitarios tanto como para el público en general en forma de colecciones y bases de datos digitales. *Google Books*, el *Internet Archive*, la *HathiTrust Digital Library*, la *Open Library* y pronto la *Digital Public Library of America*, por mencionar sólo las más grandes que están sobre todo en inglés y disponibles en acceso directo, ofrecen versiones de materiales históricos con dispositivos de búsqueda cuando antes sólo podían ser consultados por investigadores con credenciales y en repositorios de ladrillo y cemento. No tardando mucho, gracias a estas iniciativas, al proyecto *Europeana* y a otras bibliotecas digitales nacionales, todo lo publicado —al menos en idiomas occidentales— entre 1455 y

⁵³ MORETTI, Franco: “Conjectures on World Literature”, *New Left Review*, 1 (2000), pp. 56-58; MORETTI, Franco: *Graphs, Maps, Trees: Abstract Models for Literary History*, Londres, Verso, 2005.

1922 será susceptible de ser leído y en la mayoría de estos textos se podrán hacer búsquedas. Esta cornucopia de material digital no se circunscribe a las lenguas vivas de los últimos quinientos años: aproximadamente mil millones de palabras del latín del periodo comprendido entre el 200 antes de Cristo y 1922 han sido ya digitalizadas, “eclipsando el corpus del latín clásico en varios órdenes de magnitud” y “posiblemente poniéndose a gran distancia de cualquier gran colección textual existente hasta hoy”. Esta acumulación efectuada sin cuidado no puede ser empleada de modo inocente, ni siquiera con facilidad, pero su amplitud y su variedad ilustra las mareantes posibilidades para la investigación en la *longue durée* abiertas con la digitalización⁵⁴.

Las herramientas digitales para la investigación en humanidades existen desde hace ya medio siglo: “por la gracia de Dios, en 1955, los hombres inventaron la cinta magnética”, escribió el pionero de la computación en humanidades, el jesuita Roberto Busa⁵⁵. Pero su poderío y variedad se ha expandido más recientemente bajo la etiqueta de “humanidades digitales”, con nuevas técnicas para la cuantificación de datos textuales en competencia con nuevos medios de visualización y análisis espacial. Las herramientas más habituales son hoy en día el *N-gram Viewer*, que muestra gráficos con pautas de frecuencia de términos según aparecen en el corpus de *Google Books*, que cuenta ya con el cuatro por ciento de todos los libros escritos en inglés, castellano, hebreo y otros idiomas desde 1800 (y que no para de crecer), y *Bookworm*, que permite análisis similares a partir de las colecciones de la *Open Library* y el *Internet Archive*⁵⁶. Hasta el momento estas herramientas permiten sólo búsquedas indicativas más que concluyentes. Pueden sugerir preguntas pero no pueden ofrecer respuestas sin contar con otras formas de inmersión y comparación textual. Las bases de datos sobre las que se apoyan no están aún completas y no están plenamente accesibles para la lectura; varían, además, en su cobertura y fiabilidad.

⁵⁴ BAMMAN, David y David SMITH: “Extracting Two Thousand Years of Latin from a Million Book Library”, *Journal on Computing and Cultural Heritage*, 5, nº 1 (1 de Abril de 2012), pp. 1-13.

⁵⁵ BUSA, Roberto A.: “Foreword: Perspectives on the Digital Humanities”, en Susan SCHREIBMAN, Ray SIEMENS y John UNSWORTH (eds.), *Companion to Digital Humanities*, Oxford, Blackwell Publishing, 2004, p. xvii.

⁵⁶ MICHEL, Jean-Baptiste; SHEN, Yuan Kui; PRESSER AIDEN, Aviva; VERES, Adrian; GRAY, Matthew K.; PICKETT, Joseph P.; HOIBERG, Dale et al.: “Quantitative Analysis of Culture Using Millions of Digitized Books”, *Science*, 331, no. 6014 (14 de Enero de 2011), pp. 176-182.

No obstante, empleadas con cautela y con el suplemento de la lectura atenta de muestras de fuentes, las búsquedas de palabras clave pueden generar conclusiones sólidas y señalar el camino para nuevas investigaciones. Sobre esta base, los procedimientos tradicionales de la historia intelectual — tales como el análisis conceptual y la contextualización — pueden seguir asimismo practicándose con una creciente confianza en la solidez de las generalizaciones sobre el cambio tanto cualitativo como cuantitativo en el tiempo.

Incluso para los humanistas más tradicionales que se mantienen en la era analógica, la promesa de las humanidades digitales de transformar el trabajo de los historiadores intelectuales es inmensa. La creciente disponibilidad de corpus textuales mucho más grandes y las herramientas para analizarlos permite a los historiadores establecer las convenciones que enmarcaron la innovación intelectual, y por ende mostrar dónde tuvo lugar la agencia individual en el seno de estructuras colectivas. Y gracias a una mayor flexibilidad para buscar y recuperar información contextual, podemos descubrir de forma más precisa y persuasiva momentos de ruptura así como márgenes de continuidad. En suma, ahora ya contamos con las herramientas metodológicas y los medios tecnológicos necesarios para superar la mayoría de las objeciones tradicionales, si no todas, para el matrimonio de la historia intelectual con la *longue durée*. Podemos por fin volver a estudiar las grandes ideas a lo grande.

Recibido: 2 de julio de 2012.

Aceptado: 29 de julio de 2012.